



EL TOREO como profesión

Por MARCIAL LALANDA

ANTES de entrar en el desarrollo de este tema, *el toreo como profesión*, que me pide la revista *MUNDO HISPANICO*, pido a cuantos me leyeren tengan en cuenta que si bien soy un profesional del toreo, no soy ni siquiera un aficionado de la pluma, que es lo que en este trance se necesita para salir de él un poco más airoso de lo que yo pueda hacerlo.

No es lo mismo ponerse con una espada en la mano delante de un toro, por muy Mihura que sea, que con una pluma delante de una cuartilla en blanco para explicar lo que sea la profesión del toreo.

Pero, en fin, vamos al toro, es decir, a la cuartilla, y se hará lo que buénamente se pueda.

Fijaré lo primero mi postura, cómo entiendo yo la palabra profesión, que puede emplearse en dos sentidos bien distintos y casi opuestos. Entiendo que una dosis de profesionalidad, de oficio o práctica es necesaria, indispensable en el toreo como en cualquier otro arte. Pero lo que no hay que confundir es la profesionalidad no satisfecha de sí misma, con ansia de continuo perfeccionamiento y superación, con el profesionalismo sin ideal, estabilizado, creo que otra palabra, anquilosado, le iría bien al concepto que pretendo expresar. O sea, cuando del toreo no queda más que el oficio mecanizado y sin gracia, que se realiza únicamente por un fin lucrativo, por el jornal, como otro oficio cualquiera, sin arte ni ilusión, sin otro propósito que cumplir y pasar. Claro que yo nunca lo comprendí así.

Al principio ocurre lo contrario. No hay nada de profesión y todo es ilusión. La cosa empieza, más que por el afán de ganar dinero toreando, por ese deslumbramiento que la popularidad que rodea al torero ejerce sobre la juventud. En la primera época es el afán de gloria, de aparecer en los periódicos, de ser aplaudidos, lo que lleva a muchos jóvenes a probar fortuna con los cuernos de los toros. Claro que a este señuelo de la vanidad—conocida es la frase de Unamuno: «El hombre que da la vida por la bolsa, da la bolsa por la vanidad»—acuden los que tienen valor y los que no lo tienen, los que tienen posibilidades de seguir y los que van a quedarse en el camino.

Lo que podemos llamar la conciencia profesional no existe hasta que se consiguen los primeros triunfos. Es el éxito y el respeto al público lo que va delimitando a un tiempo la personalidad y la profesionalidad del torero. Es entonces cuando nace y se afirma la verdadera profesión. Al que va a ser auténtico profesional no le emborrachan ni le deslumbran los aplausos. Siente un deseo constante y cada vez mayor de superarse a sí mismo. Es a mi juicio una mezcla de amor propio y conciencia de la responsabilidad. Este proceso sigue su curso durante la etapa de novillero. Y cuando llega por fin la hora de la alternativa, de la consagración como maestro, ya ha de haber alcanzado plena madurez. Los toreros con verdadera profesionalidad suelen tener tan agudizado el concepto de la responsabilidad, que cada día al salir a torear experimentan el mismo nervosismo, pasen los años que pasen. Y quizá mayor en proporción a la nombradía alcanzada. Es algo semejante a lo que experimenta un examinando ante un tribunal de oposiciones o un artista que ha de actuar en público. Este nervosismo, que pudiéramos llamar miedo psicológico, no procede del miedo a los toros ni se parece en nada a él. Es la duda de que la propia actuación sea afortunada o desafortunada. El miedo a los toros es muy distinto. En los toros no se piensa, generalmente, hasta que se está en la arena y se abre el toril. Puedo asegurar que no es miedo al toro, porque estos síntomas de nervosismo y angustia casi desaparecen en el mismo momento que sale el toro. Entonces el miedo, si lo hay, es físico. Y en vez de toda otra preocupación sólo le funciona al torero el instinto de defensa frente a la bestia. Claro es que en esto uno no tiene más que la propia experiencia y todo está sujeto a las variantes que necesariamente han de imponer los distintos temperamentos.

El torero, yo hablo siempre del verdadero profesional, no del que se limita a comer de la profesión, conserva a través de toda su actuación un fondo de desprendimiento, un romántico afán de superarse, que está por encima de toda materialidad. O sea, que el dinero es para él lo que llega por añadidura y que, ¿quién lo duda?, es un fuerte acicate de su esfuerzo. Lo que sí es puro materialismo, puro oficio en el peor sentido, sin ningún afán superior, es el mundo variado y numeroso que vive alrededor del torero, nutrido generalmente de los fracasados, de los que al no poder alcanzar la gloria de la profesión verdadera se refugiaron en esos grises oficios secundarios: apoderados, administradores, cuadrilla, propaganda, cada sección con todas sus múltiples subdivisiones. Todos los que viven del que torea, de su valor y su destreza.

Esto es todo lo que puedo decir del toreo como profesión, naturalmente a través de mi personal experiencia de mejor matador de toros (aunque me esté mal el decirlo) que pergeñador de cuartillas. Cuento ahora con la benevolencia de mis lectores, como conté siempre, en mis años de profesión por España y América, con el aplauso del público, al que se debe en todo momento un profesional del toreo.